


Los Herreras.—La plaza y una calle.
Monterrey.—Un puente, un hotel, un colegio y un teatro.
Mier y Noriega.—Una calle.
Mina.—Una calle.
Montemorelos.—Una calle, una plaza, una demarcación y un colegio.
Parás.—Una calle.
Pesquería Chica.—Una plaza y una calle.
Sabinas Hidalgo.—Una calle y un hotel.
Salinas Victoria.—Una plaza.
San Nicolás Hidalgo.—La plaza y las escuelas oficiales.
Santa Catarina.—Una calle.
Santiago.—Una escuela, una calle y un puente.
Villaldama.—La plaza principal y una calle.
Vallecillo.—Una calle.
Zaragoza.—Una calle.



COMPOSICIONES LITERARIAS

escritas como contingente para la celebración

- del -

Centenario de Juárez.

PRIMERA PARTE.

Discursos.

I

Señores:

En este aniversario glorioso, cuando un pueblo entero se conmueve al recuerdo de una fecha, para siempre memorable en nuestra historia, que encarna la epopeya sublime de nuestra segunda independencia, y la conquista de los sagrados principios de nuestras instituciones democráticas; y al recordar al grande hombre, al Benemérito de América, al inmortal Benito Juárez, siento, como todo mexicano, que acuden en tropel los legendarios hechos que forman la trama brillante de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

época famosa en los anales de nuestra hermosa patria, y que se desborda el sentimiento, como deseoso de hallar la forma propia en que concretarse, para poder elevar un canto digno del héroe de la Intervención y la Reforma.

Si así fuere, si pudiera seguir la inspiración que enciende el pensamiento de los poetas y que hace vibrar las palabras del orador culto y entusiasta, yo diría con ellos en ardientes frases, todo el amor que conserva la patria para el grande hombre, y toda la admiración que tiene por sus heróicos hechos, rindiéndole el homenaje que merece; pero de todo carezco, y por lo mismo, me limito á expresar en mis conceptos rudos, si bien entusiastas, todo el afecto que el mexicano, cuyo nombre me honro en llevar, tiene por aquel humilde y bendito indio de *Guelatao*, en cuyos sublimes ideales se inspiró la pléyade de héroes que nos dieron nuestra liberal constitución y democrática reforma, y en cuyo genio y patriotismo, se cristalizó nuestra heroica lucha contra la Reacción conservadora y el Segundo Imperio.

Sin aquel hombre magnánimo, sin aquel patriota eximio, sin aquel enérgico adalid de nuestras libertades, tal vez éstas no existirían, y tal vez obedeceríamos ahora al retrógrado partido que fué á traer al extranjero un irrisorio monarca, ó seguiríamos humildemente el carro del poderoso conquistador, dejando hundir en el más profundo de los abismos, la grande obra realizada á costa de cruentos sacrificios, por nuestros libertadores Hidal-

go y Morelos, Guerrero, Matamoros y los Bravo; tal vez aun obligados á dejar nuestro nombre, nuestro idioma, nuestras costumbres, y nuestras leyes, recordariamos con tristeza los legendarios hechos de nuestros padres, sin atrevernos á pronunciar sus gloriosos nombres, temerosos de que el tirano, ó el conquistador extranjero, cercenara la garganta para extinguirlos en ella antes que hicieran vibrar el aire en derredor suyo.

Pero, por fortuna nuestra y para gloria de la nación mexicana, hace cien años que vino al mundo en un humilde pueblo de Oaxaca, el que había de ser, á mediados de la pasada centuria, el apóstol de la *buena nueva*, el intransigente defensor de nuestra *Carta Magna*, y de nuestras públicas libertades, y con esto el adalid de aquella lucha magnífica, en que sostuvo en sus manos el lábaro santo de la patria, para legarnos á la vez que nuestros libres hogares, el ejemplo de sus virtudes cívicas, que son como el catecismo patriótico nacional, en que debemos inspirarnos para ser buenos ciudadanos, y en que deben inspirarse nuestros hijos.

Se comprende así, que en este día glorioso, en que hace cien años alentó en San Pablo de Guelatao el genio que debía darnos patria y libertad, se conmuevan doce millones de mexicanos, y que al recuerdo de tan memorable suceso, se eleven coros de voces en honor de aquel que salvó á su pueblo del despotismo y depresión en que se hallaba, para hacerlo vi-

vir la vida de los pueblos libres; y se comprende que la gratitud y la admiración por todo lo que es noble y grande en el mundo, se despierten con estruendo, dando á conocer á todos los pueblos cultos, cómo celebra á sus héroes la nación mexicana, y cómo es digno, así, de ser libre y autónomo, un pueblo que glorifica de tal modo á sus grandes hombres.

Elevad, pues, conmigo, la voz, en loor del genio y del patriota, y acompañadme á glorificar al que consagró su vida y sus talentos, á defendernos de la opresión del extranjero; ayudadme á bendecir al que tuvo siempre en holocausto perpetuo su existencia por la patria, y ensalza conmigo á aquel apóstol heróico, cuyo nombre es en América, el símbolo de la libertad.

Bendigamos también, á la Providencia de la historia, que nos haya concedido la dicha de ver la luz de este glorioso centenario, en cuyo tiempo podemos considerar como concluida la obra de aquel libertador famoso, viendo á nuestra patria respetada y pacífica, encaminando todas sus energías al progreso.

Mexicanos: Glorificad conmigo á la Patria y al héroe que hoy celebramos. Repetid conmigo: Viva la República Mexicana! Viva el gran repúblico Benito Juárez!

X.



II

Conciudadanos:

Hoy hace cien años que, en un apartado rincón de nuestra patria, vino al mundo el hombre sublime en quien más tarde habría de simbolizarse la más grandiosa y trascendental revolución que registra en sus anales nuestra historia.

¡Juárez! este nombre evoca para los mexicanos el recuerdo de una época gloriosa, apenas comparable á aquella que agitó en Francia las conciencias el 89 y como reguero de luz se esparció por toda Europa, á aquella época que fue el génesis de la libertad para los pueblos del mundo civilizado.

Y aún más, la gloriosa revolución mexicana que llamamos "La Reforma" no llegó nunca al delirio, á la arbitrariedad y á la locura á que los excesos de las masas y de un nuevo fanatismo orillaron la inmensa revolución francesa.

No surgieron de nuestra revolución nuevos privilegiados, y para amigos y enemigos los liberales mexicanos conquistaron la tolerancia y la libertad.

Esfuerzo grandioso y noble fué el de los primeros mexicanos al realizar la independencia; pero no en vano había estado la nueva España por tres siglos bajo el dominio de la nación más religiosa y conservadora de Europa; nuevos y grandes esfuerzos, nuevas y grandes luchas se necesitaban para desprendernos por completo de la vieja España, para abandonar el conjunto de prejuicios y preocupaciones que como enorme sedimento yacían en el fondo de nuestro ser social.

Y las reformas se iniciaron á raíz de lograda la independencia nacional, incompletas, tímidas y mal comprendidas al principio fueron fácilmente combatidas y ahogadas en sangre por las clases privilegiadas; pero en la lucha se educan los pueblos para la libertad, y cuarenta años de lucha apenas interrumpida fueron la escuela en que se formaron los hombres de la reforma, la atmósfera en que se nutrieron aquellos espíritus fuertes que luego habrían de echar abajo todo el edificio de privilegios, de fanatismo y de injusticia.

Ramírez, Lerdo, Degollado, Ogazón y una juventud numerosa, entusiasta, plétórica de ideales generosos, amante de la libertad hasta el fanatismo, casi, arrojaron el guante á la reacción, la combatieron valerosamente en la tribuna, en la prensa, en los campos de batalla y plantaron el estandarte de la democracia sobre las ruinas del régimen antiguo opresor y deprimente.

Y en medio de aquella pléyade de héroes

y abnegados mártires, en medio de aquella falange de caudillos valerosos, perseverantes y desinteresados, se destaca la gran figura de Juárez, el representante de la ley y del derecho del pueblo á gobernarse por sí mismo, el representante de la nación ansiosa de romper los viejos moldes en que para siempre querían tenerla encerrada los representantes del pasado.

Un conjunto feliz de circunstancias hizo que el principio de la revolución, inmutable, sereno y eterno como la verdad que servía de bandera á aquellos adalides, viniera á estar representado por aquel de todos ellos el más impasible, austero, sereno, inflexible y recto.

Por eso Juárez es para nosotros, más que un hombre, un principio, una época, una generación que en él se reasume y se condensa como se agrupan los astros en derredor de un núcleo que les sirve de centro.

Representa para nosotros el sublime esfuerzo de una fracción popular que se lanzó á una lucha homérica para conquistar la libertad para su patria entera, los fueros de la humanidad para una nación que tres siglos de dominación extraña habían casi muerto para la democracia y el progreso.

Y no importa que Juárez no haya sido él sólo en la imponente brega, no importa que á su lado lucharan filósofos, oradores y caudillos de inmensa talla, que un grupo de pueblo valiente y generoso conquistara con su sangre el triunfo de los ideales defendidos, no importa; ellos no establecieron separación ninguna

y cada uno marchó á la lucha en el lugar en que el azar ó la voluntad del pueblo los colocara, cumplieron con su deber viendo en aquel indio sublime el representante de la nación y de la causa santa de la libertad, se agruparon en redor suyo compactos y sumisos y con su ejemplo trazaron el camino que deben seguir las generaciones presentes y futuras.

La humanidad es una en su ser interior y cualquiera que sea la variedad inmensa de sus manifestaciones descúbrense siempre un principio único, una ley general que la inspira y que la guía, conscientemente á veces y en otras con toda la inconsciencia y fatalidad del instinto, pero con la maravillosa seguridad y adivinación de esos impulsos interiores de donde arrancan la vida y el progreso de los pueblos.

Y así como las ideas y los sentimientos se condensan y toman cuerpo en una ley, en una fórmula, en una palabra que les sirve de signo y los fija quitándoles la vaguedad de lo inexperado, del mismo modo los grandes acontecimientos en la marcha evolutiva de los pueblos se condensan y se simbolizan para darles valor y significación precisos en la personalidad de un hombre grande.

Juárez fué en su tiempo el hombre en quien se encarnaron las aspiraciones de un pueblo que luchaba por su regeneración política, económica y social; al lado suyo luchó y venció un grupo generoso y progresista; él recibió en sus manos la bandera de la ley, de la reforma y del progreso, y á su recuerdo irá invariable-

mente unido el de nuestra grandiosa revolución y el del gran partido liberal que la consumara.

Jamás una grande obra lo fue de un sólo hombre; pero el que hayan ido tras él una generación valiente y animosa y el apoyo y aprobación de un pueblo, en nada amengua su grandeza, la grandeza del funcionario que aceptó la misión de cabeza de su nación cuando el porvenir se presentaba oscuro y el calvario parecía como el único término natural de aquella horrenda lucha.

Y por su fé, su abnegación, su impasibilidad, su constancia y su estoicismo merece la admiración y el amor de las generaciones, el homenaje de los buenos y la apoteosis de que es objeto en estos momentos en toda la extensión de la pátria que él honró con su virtud y con su esfuerzo.

Pablo Liras.





III

Señores:

Nació como las águilas en un lugar solitario, allá sobre la tortuosa crestería de las montañas de Ixtlán. Las privaciones de su vida le enseñaron á comprender los hondos sufrimientos en que se debaten desesperadamente los desheredados de la fortuna; los rigores de los trabajos campestres templaron su espíritu, lo hicieron fuerte para soportar con altiva arrogancia los rudos sacudimientos del destino; la contemplación de la Naturaleza que ofrece sus encantos á todas las miradas le llevó á ser hermano de la democracia y á ver con odio profundo las insensatas distinciones de los hombres; y los ardores de su sol tropical, de un sol todo vigor y todo fuego, encendieron en su alma la vivificadora hoguera del amor que le infundió aliento, que le llenó de viril entereza para acometer empresas inauditas, ennobecedoras y justas.

Fué un predestinado luchador. Apareció á la vida en los mismos instantes en que experimentaba la patria los vagos sacudimientos precursores de su no lejana aparición entre las naciones libres, y niño aún debió estremecerse

de emoción al oír desde el apartado rincón de su cabaña, el eco atronador de los combates que anunciaba el paso triunfal de los revolucionarios de 1810, á cuya cabeza iba un venerable anciano, predicando, como otro Cristo, la hermosa nueva de la redención nacional.

Y ese movimiento glorioso cuyo feliz éxito fué logrado á costa de tanta sangre, vino á encender más vivamente en el espíritu de Juárez, el sacrosanto amor á la patria.

Por eso, cuando quebrantada ya la influencia del trono español la vió caer en brazos de las ambiciones políticas, juró salvarla aún á trueque de los mayores sacrificios.

“Y pues tengo energía de cuerpo y energía de alma; siento--pensó--correr por mis venas, como savia joven, la sangre de mis antepasados, que me repite á cada instante la voz de ¡redención!, emprenderé tremenda y firme lucha contra los enemigos del adelanto, hasta dejar limpia de obstáculos la senda del progreso.”

Así dijo, y se lanzó lleno de fé al campo de las revueltas intestinas y puso á prueba aquel su carácter de acero y aquella su altivez estoica que tantas veces le dió serenidad y rectitud en los amargos trances de su tormentosa carrera política.

Y en medio de aquel caos en que tremendas pasiones se hacían encarnizada lucha, en medio de aquel cataclismo en que movidos por bastardos propósitos aparecía mancomunado el elemento vil y corrompido del ejército con el clero rencoroso y falaz, cuando la ambición y

la discordia, en maridaje horrible sembraban por doquiera el espanto y la muerte, se destacó en toda su magnificencia la figura del gran patricio, se alzó, armado de toda su entereza, el sublime vengador de la patria, para romper aquel denso velo de tinieblas, para arrojar torrentes de luz sobre el fondo entenebrecido de las conciencias, para destruir, para edificar, para resolver en hermoso concierto aquellos elementos encontrados y heterogéneos que se revolvían furiosamente impelidos por el recio vendaval de las pasiones políticas.

Pero la facción liberticida no pudo resignarse á la derrota.

Y después que hubo recurrido á todos los medios, ensayado todos los recursos, apeló al mayor de los crímenes: entregó á la patria como vil mercadería á la ambición de un monarca extranjero.

Juárez tuvo entonces que redoblar sus esfuerzos, y al tomar cuerpo aquella horrenda traición que trajo á México á un infortunado príncipe, encarnó el espíritu nacional y se mantuvo firme, austero, llevando consigo siempre el arca de las leyes, hasta que á su poder quedó abatida la exótica opresión y depositadas aquellas santas leyes en el altar sagrado de la patria.

Hoy, de aquella personalidad augusta, de aquel organismo vigoroso, de aquella alma entregada por entero al bienestar nacional, no queda más que el recuerdo.

Pero la Patria, que siempre ha glorificado ese recuerdo, consagra hoy, al que hace cien años apareció como las águilas allá en las cumbres de las montañas de Ixtlán, una apoteosis; sí, una apoteosis que es, señores, la manifestación más espléndida con que la gratitud de un pueblo puede celebrar la entrada de una alma grande á los sagrados dominios de la inmortalidad.

Fortunato Lozano.

